

UN ATAQUE INESPERADO

¡Plaf! El estruendo me dejó paralizada por unos segundos hasta que la fuerza de la razón me obligó a buscar los motivos. A unos centímetros de mis zapatos, en la vereda, despanzurrado por el golpe recibido después de una caída de varios metros, yacía un limón. A quién se le habrá caído, pensé mientras dirigía mis ojos hacia los balcones del edificio que tenía al frente. Sin previo aviso, otra redondez verdiamarillenta venía en mi dirección. ¡Mierda!, grité esquivando el proyectil, y de un salto logré refugiarme debajo de un joven paraíso que a duras penas ocultaba mi contorno.

-¡Te di! ¡Yo sé que te di desgraciada! ¡No te vas a salvar! -Una voz de mujer proveniente del balcón tercer piso, evidentemente gastada por los excesos de tabaco, confundíendome con otra persona me gritaba la frase una y otra vez entre carcajadas y toses.

Mi escondite estaba muy lejos del ideal marcial. El árbol no pasaba de los dos metros de altura y dejaba un anillo de desprotección de metro y medio a la redonda. Un paso al frente o atrás o a los costados me dejaba a merced de mi circunstancial enemigo. No había punto que no fuera alcanzado por la oblicua de tiro que me permitiera trazar un camino hacia un refugio más comfortable.

Respiré hondo y dejé salir un quejido, consciente de mi prisión.

En la vereda había una docena de limones con sus entrañas a la vista.

Me olvidé el celular en el escritorio, estoy atrapada por una francotiradora y a punto de perder una reunión pactada hace meses con un cliente ¿Qué más me puede pasar?

Levanté la vista recorriendo el frente del edificio buscando ser rescatada por algún vecino, hasta que me topé con una imagen tenebrosa. ¡Por Dios! ¡Lo mató! No pude evitar el grito que fue contrarrestado casi de inmediato por un nuevo proyectil que logró salpicar mi pantalón.

Un hombre yacía en la puerta del edificio, boca abajo. El sujeto estaba prolijamente enfundado en un traje gris y la quietud de su estampa hacía suponer lo peor. No podía adivinar su edad. Su rostro estaba completamente cubierto por el brazo derecho.

Comencé a planear mi caminata hacia el muerto cuando detrás del vidrio de la puerta de entrada del edificio vi a una mujer joven y elegante. Comencé a contarle la historia con señas: los limones, el personaje del balcón, el cadáver, la falta de celular. Temía levantar la voz y recibir una feroz ofensiva frutal. Grande fue mi sorpresa cuando la mujer comenzó a golpear el vidrio y a llorar desconsoladamente: ¡No! ¡Hacé algo! ¡Llamá a la policía! -No me puede estar pasando esto... pensé-.

Me sentía perdida. No sabía qué hacer. De lejos comenzaron a escucharse sirenas. Poco a poco se hicieron más fuertes. Pronto estuve rodeada de policías y de una provocativa lluvia de limones.

Con unas cajas extraídas bruscamente, en nombre de la ley, del carrito de un cartonero que pasaba por allí, improvisaron escudos que permitieron llegar hasta el occiso sin ser alcanzados por las “balas cítricas”. Aprovechando la acción policial, logré alcanzar un lugar seguro debajo de los balcones. Para mi sorpresa, antes que los agentes lograran tocarlo para corroborar su estado, el hombre se levantó por sus propios medios, se acomodó el traje, anudó la corbata, sacudió el polvo de los pantalones, carraspeó un poco y preguntó con voz de locutor “¿Ya la agarraron?” Todos lo miramos sin entender.

- ¿A quién? -Preguntó con inocencia el policía más joven.

-A la loca de mi mujer -Contestó con parsimonia, y dicho esto recordé a la joven que estaba detrás de la puerta. Me di vuelta para ver qué había pasado y descubrí que estaba en el hall desmayada. Grité pidiendo auxilio.

El sujeto, más vivo que nunca, buscó en su bolsillo las llaves sin mucho apuro.

- ¡Vamos! ¡Acelera el trámite! -Vociferó un oficial gordo y sudoroso- ¿Esta es tu mujer? – Preguntó secamente y con asco.

- Bueno... No... En realidad es... Una amiga de mi mujer -Dijo nervioso y con un visible rubor.

- ¡Explíquese de una vez! –dijo el policía perdiendo la paciencia.

- Eh... mi mujer... estaba en la casa... y yo... nosotros... pensamos que no había nadie... y...

Poco a poco, con pequeños pasos, utilizando como escondite las sorpresas y la confusión, logré apartarme del grupo y sin pausa pero con prisa me alejé del lugar asegurándome de andar siempre por debajo de los balcones. Nunca se sabe qué pueda caer de los cielos.